BRÚJULA COTIDIANA
Director Riccardo Cascioli
HECHOS PARA LA VERDAD

VATICANO

La revolución de género en la Iglesia se refleja en la película Cónclave

ECCLESIA 28_01_2025

Riccardo Cascioli

El obispo de la diócesis francesa de Coutances et Avranches, monseñor Grégoir Cador, acaba de anunciar el nombramiento de una vicaria general, Audrey Dubourget, que queda adscrita por tanto al consejo episcopal. En la archidiócesis de Bruselas, el pasado

diciembre también se nombró a una delegada episcopal, Rebecca Charlier-Alsberge, cuyo nombre incluso se ha introducido en la Plegaria Eucarística. En Italia, el programa de televisión *Otto e Mezzo* (La7), ha entrevistado a una monja, Paola Arosio, que ha censurado la decisión del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, de aceptar solo los géneros masculino y femenino, calificando su decisión como violenta y no acorde con los tiempos. Sobre las teorías homosexualistas y transexualistas del cardenal estadounidense Blase Cupich se puede consultar este otro artículo de Tommaso Scandroglio. Y luego tenemos al Papa, que entre septiembre y octubre pasados recibió con gran énfasis a dos grupos diferentes de personas homo y transexuales, y que sobre todo promueven la agenda LGBT en la Iglesia.

Estos son sólo algunos hechos recientes -podrían mencionarse muchos otros- que dan una idea de cómo se está produciendo una verdadera revolución moral en la Iglesia. Es más, está en marcha un proceso que desvirtúa el sacerdocio.

Y son hechos que vienen inmediatamente a la mente después de ver la película *Cónclave*, dirigida por Edward Berger y basada en la novela homónima de Robert Harris, que se estrenó en Italia en Navidad y sigue en los cines con buen éxito de taquilla. Al fin y al cabo, estamos hablando de una película nominada a ocho Oscar, siete Globos de Oro y muchos otros premios. Así que dentro de unas semanas, cuando llegue la noche de los Oscar, volverá a ser noticia.

A pesar de ello, también se podría evitar hablar de esta película si fuera simplemente una obra más -aunque cinematográficamente bien hecha- realizada para desacreditar a la Iglesia católica, protagonizada por cardenales dedicados sólo a tramas de poder o con pesados esqueletos en el armario. Cosas ya vistas, se podría argumentar.

En realidad, la Operación *Cónclave* es mucho más enrevesada e inquietante. Eso sí, los ingredientes del *thriller* vaticano están todos ahí: empezando por la banda sonora, digna de una película de Dario Argento, que desde las primeras escenas acompaña las acciones más ordinarias y obvias tras la muerte de un Papa, dando la impresión de estar presenciando quién sabe qué fechoría. Tampoco faltan los escándalos que van surgiendo poco a poco mientras se desarrolla el Cónclave y que, obviamente, permanecen encerrados en las salas secretas: el cardenal africano con un hijo y el canadiense que conspira y soborna a otros cardenales para conseguir su voto. Luego están los dos frentes opuestos, progresistas y tradicionalistas, estrictamente occidentales, evidentemente enzarzados en una simple lucha de poder. Todo ello aderezado, en los raros discursos importantes, con un lenguaje políticamente correcto: sobre todo la homilía de la misa que introduce el cónclave, cuando el cardenal

Lawrence, el decano que hace de guía en el desarrollo de la película, pronuncia un elogio de la duda contra toda certeza. Duda que expresa sus propios sentimientos en un momento de crisis de fe.

Hasta llegar al epílogo en el que, habiendo sido aniquilados por el escándalo todos los principales candidatos, el joven cardenal, procedente de los suburbios, consigue los votos para el papado en virtud de un banal discurso sobre los pobres y las guerras. Pero que, sin embargo, esconde el secreto de una naturaleza sexual que se intuye intersexual, aunque la descripción que se hace de él sea de fantasía-anatomía. Al final, el nuevo Papa, con toda su ambigüedad e incluso banalidad, emerge como la única figura verdaderamente positiva del Sacro Colegio, un hombre-mujer que, en virtud de esta naturaleza, tiene la mansedumbre y la propensión al diálogo –contra la arrogancia y la violencia de los machos tóxicos- que la Iglesia y el mundo necesitan.

En resumen, un argumento, si se quiere, ni siquiera demasiado original. ¿Qué es, pues, lo inquietante de esta película? Durante el anterior pontificado una obra así habría sido considerada como de "reli-ficción", como lo fue en su momento El Código Da Vinci por poner un ejemplo. Sin embargo, durante el actual pontificado parece dramáticamente realista. Los discursos de los cardenales en la película, que carecen de toda referencia concreta a las razones de la fe, son terriblemente parecidos a los que se oyen en boca de muchos prelados hoy, incluyendo el elogio de la duda, "la Iglesia no es tradición", etcétera. De hecho, se oyen y se ven cosas mucho peores en la realidad.

Ante un obispo que promueve una exposición blasfema y otro que acepta comer *fast food* en la iglesia con la justificación de que "Jesús lo aprobaría", ¿qué importancia tiene un cardenal que vive obsesionado con la posibilidad de que el candidato tradicionalista se convierta en Papa?

Para ser sinceros, la realidad ejemplificada por los hechos citados al principio del artículo ya va por delante de lo que vemos en la película. Hasta el punto de que la elección de un cardenal intersexual o incluso transexual como papa, hoy en día –después del pontificado actual- ya no es fantasía-religión.

El primer pensamiento que viene a la mente al salir del cine es, en efecto, que hoy este epílogo sería dramáticamente posible. Es más, cabe preguntarse si no habrá ocurrido ya que algún sacerdote u obispo se encuentre exactamente en esta condición. Recordemos que ya hace tres años, la diócesis de Turín aceptó impartir el sacramento de la confirmación con el nuevo nombre y género de una mujer que se había "convertido" en hombre; y estamos seguros de que en otras partes del mundo

occidental ya no hay escándalo por casos semejantes. La creciente presión para aceptar candidatos homosexuales al sacerdocio en los seminarios va en la misma dirección.

En la película, el Papa fallecido se entera de la situación del obispo intersexual y a pesar de ello lo nombra cardenal diciéndole “Adelante”. ¿No es ésta una situación con la que estamos familiarizados? ¿Acaso no hemos visto en los últimos años las brillantes carreras de figuras abiertamente pro-LGBT como el ya mencionado cardenal Cupich o el cardenal Robert W. McElroy, ascendido precisamente en las últimas semanas a arzobispo de Washington?

Al fin y al cabo, *Cónclave* actúa como caja de resonancia de aquellos que trabajan por la destrucción de la Iglesia, lo que hace que un epílogo como el de la película resulte familiar y aceptable para un amplio público, incluidos los católicos.